



ARCHIVOS DE LO INVISIBLE - Fernando Farina

"Vine a Comala porque me dijeron que acá
vivía mi padre, un tal Pedro Páramo."
Juan Rulfo

"Archivos de lo invisible" reúne a artistas cuyas obras indagan en problemáticas sociales actuales, la memoria, la transformación del entorno y la posibilidad de resignificar los materiales que habitan el paisaje cotidiano. Ana Fernández (Ecuador), Carlos Herrera (Argentina) y el colectivo El ojo del jaguar, conformado por Amparo Criollo y Paúl López (Ecuador) despliegan lenguajes que interrogan los vínculos entre arte, historia y territorio, proponiendo una lectura sensible sobre Cuenca y sus tensiones contemporáneas.

El trabajo del colectivo El ojo del jaguar integrado por Amparo Criollo Bejarano y Paúl López Carrillo, se sostiene en la talla en madera y el teatro de títeres, lenguajes que convierten lo artesanal en un gesto político. A través de ellos evocan los reclamos justos de distintos sectores y comunidades, así como la memoria de los desaparecidos en Ecuador, afirmando la presencia de quienes fueron borrados por la violencia estatal. Los títeres, tradicionalmente asociados al relato popular y a la crítica social, se vuelven aquí cuerpos ausentes, presencias que insisten en la memoria colectiva. La madera, materia viva y orgánica, refuerza esta tensión entre fragilidad y permanencia, configurando una poética visual de duelo y resistencia.

Sus obras modelan lo ausente, convirtiendo el dolor en energía vital. La resistencia se manifiesta en el entramado de las búsquedas colectivas y en la negativa al olvido. En ese hacer paciente, donde lo artesanal se cruza con lo político, emerge una memoria activa que interpela el presente y exige que lo irreparable no se repita. En su obra, la resistencia emerge del entrelazamiento de las búsquedas colectivas, del rechazo al olvido y de la afirmación de una memoria activa. El sufrimiento se convierte en brasa encendida que alimenta la indignación y exige que lo irreparable no se repita.

Ana Fernández, por su parte, imagina un mundo sin humanos, donde la naturaleza recobra su autonomía y el paisaje se regenera sin intervención. Desde una mirada pospandémica, su obra desplaza la perspectiva antropocéntrica para ofrecer una narrativa alternativa: una naturaleza que no solo sobrevive, sino que se impone con su propio ritmo.

Entre lo onírico y lo documental, nos enfrenta al frágil equilibrio ecológico y a las huellas de nuestra presencia en el planeta. Sus imágenes dialogan con la tradición paisajística ecuatoriana, pero subvierten su lógica: ya no somos espectadores del paisaje, sino los responsables de su agotamiento. La artista imagina un pasado en el que los seres humanos convivían con el entorno desde un respeto ritual, y contrapone esa visión al impulso extractivista contemporáneo, sintetizado en la expresión "comerse al mundo", emblema de una voracidad sin límites.

En Cuenca –ciudad que mantiene un vínculo estrecho con su geografía y su patrimonio natural–, su obra adquiere una resonancia particular ante la grave amenaza de explotación minera en Quimsacocha. Fernández nos invita a repensar la



relación con el entorno y a reconocer la urgencia de imaginar nuevas formas de habitobjetos hallados en el planeta.

La propuesta de Carlos Herrera parte del rescate de objetos hallados en las calles de Cuenca: bicicletas, panes, flores, fragmentos de carros. A partir de estos elementos construye composiciones que encarnan las huellas del trabajo y del tránsito urbano. Los materiales, al borde de la obsolescencia, conservan historias que el artista no borra, sino que reactiva, dotándolos de nuevas posibilidades simbólicas.

Su práctica consiste en intervenir lo descartado para generar estructuras que oscilan entre lo escultórico y lo ritual. Cada pieza es un cuerpo compuesto, una presencia híbrida entre lo sagrado y lo cotidiano. Los objetos dejan de ser residuos para transformarse en talismanes urbanos: testigos de lo efímero, pero también emblemas de persistencia.

En este proceso hay algo de alquimia: el gesto de transmutar lo inútil en imagen, lo olvidado en signo. Herrera no recoge cualquier resto: elige materiales locales, estableciendo un vínculo con el territorio y con las economías que lo sostienen.

Las composiciones resultantes evocan tensiones entre consumo y subsistencia, acumulación y carencia, olvido y supervivencia. Al transformar los residuos en materia poética, el artista activa una crítica silenciosa al sistema de valores contemporáneo, desafiando las jerarquías entre arte y desecho, entre belleza y utilidad.

En conjunto, las obras de Fernández, Herrera y el colectivo El ojo del jaguar construyen un paisaje de memorias materiales y simbólicas. "Archivos de lo invisible" propone un recorrido donde la evocación, la naturaleza y lo residual se entrelazan para cuestionar nuestras formas de habitar, recordar y transformar el mundo.

En el contexto de la Bienal de Cuenca, esta muestra no se limita a un ejercicio estético: es también un acto de reconocimiento. Reconocimiento de las luchas sociales, de los cuerpos ausentes, de los paisajes que resisten y de los materiales que conservan huellas de una historia común. En ese gesto de volver a mirar lo violentado, lo desechado, lo natural o lo silenciado, los artistas convocan una forma de memoria que, más que registrar, busca reparar: hacer visible lo invisible, abrir el tiempo para que lo perdido vuelva a tener voz.

Fernando Farina.